

ÓLEO DE MUJER CON ESPEJO

José Luis Correa Santana

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

A Emy, la mujer que me llevó a la Academia.

I.

María Cristina San Ginés estaba marcada por razón de nacimiento, condición y carácter con la letra *uve*. María Cristina San Ginés era venezolana, viuda —daba la impresión de que había sido educada desde siempre para ser una espléndida viuda— e inenarrablemente voluptuosa. Sus cuarenta y tres años se revelaban como un misterio adolescente: unos enormes ojos, bellísimos, tan negros que, al trasluz de la luna, parecían felinos; labios gruesos de negra cuarterona, rasgados de sensualidad y una piel fulgurante de pura trementina. Su piel, ahora que me fijo, brillaba de un modo intensísimo en las tardes de aquella primavera en que la conocí.

La conocí en París con aguacero

o en el más adorable sucedáneo de París con aguacero que existe: una tarde lluviosa de marzo en una exposición de pintura francesa que dos museos de lo que entonces era la URSS, el Museo Pushkin de Moscú y el Hermitage de Leningrado, habían traído al Ateneo de La Laguna. Acababa de matricularme en Bellas Artes y me faltaban semanas, cinco creo, para cumplir los veintiuno. Y, allí, detrás de Monet, Matisse, Cézanne o Renoir estaban los versos de Vallejo; delante, justo delante, con esa aureola de diosa negra, estaba María Cristina San Ginés. Pero yo entonces estaba demasiado alelado por la magia de los maestros del Impresionismo como para caer en la cuenta de la presencia de la viuda negra.

En el Ateneo reinaba un silencio de sepulcro, entre otras cosas porque no había más de una docena de personas: cinco enormes salas dedicadas a lo mejor del arte moderno y tocábamos a cuatro cuadros por persona. Tan sólo de vez en vez un siseo quedo, como de plegaria, alteraba aquel recogimiento. Allí todos confesábamos una profunda adoración por los dioses paganos del arte. Allí todos, también, nos deteníamos especialmente ante Cézanne y el color de su ambrosía: no hubo hasta entonces ni ha vuelto a haber después unos tonos tan brumosamente limpios como el de sus bodegones, ni la geométrica arquitectura de sus óleos. Y Matisse, al que se presentaba junto a algunas obras de Picasso como el soberbio *Arlequín*, era venerado por un selectísimo grupo que

no paraba de susurrarse las claves de su depurada técnica y de la expresión pesimista de sus cuadros. No obstante, todos pasaron por alto una pintura que había quedado, por razones de espacio, extraviada del resto, y que llenaba con una luminosidad solar la esquina en la cual quedaba expuesta. Justo la pintura ante la que un tipo como el que yo era entonces tenía la obligación de detenerse.

En un jardín que parecía suspendido en el aire, con un fondo amarillo de fuego, una mujer morena recogía flores de seda rosadas; su vestido celeste se adhería a su cuerpo como una segunda piel y sus pies eran enormes, descomunales. En el margen inferior izquierdo podía leerse con letras mayúsculas *TE AVAE NO MARIA* y debajo la firma y la fecha: Paul Gauguin, 1899. Sólo yo parecía haber recalado en aquel cuadro hasta el punto de olvidarme del tiempo. Pasaron cinco, tal vez diez minutos antes de que una presencia a mi espalda me devolviera a la tierra después de vagar por el cielo de Haití en busca de una flor de terciopelo.

El olor de María Cristina San Ginés se había colado en mi sueño haitiano por unos segundos. Era un olor tibio a frambuesa, nada fuerte, de esos olores frescos de verano. Eso fue lo que me hizo volver al mundo real, no cuadraba un olor de verano bajo la tímida lluvia de marzo.

—¿Te gusta Gauguin?

—Mucho —mi voz sonó hueca, adormilada.

—¿Más que los otros?

—Desde luego que sí.

La mujer no tardó en reparar sobre mi turbación y, como disfrutaba muchísimo con esas situaciones, me continuó el examen de arte, paladeando las consonantes, sensualizando su tono de voz. «¿Qué ves en ese cuadro que tanto te demoras?», preguntó. «No sé. Me resulta exótico y, a la vez, familiar». «Pero resulta que yo no soy de aquí, ¿qué puedo ver en él?». «¿Un espejo?» respondí con un gesto más de inocencia que de picardía. La risa de María Cristina San Ginés era una risa amplia, rotunda, casi tanto como sus formas. Con ella rompió la serena armonía del Ateneo y todos los visitantes volvieron sus rostros a la escena, lo que hizo que me ruborizase aún más. Allí, creo, fue cuando decidí esclavizarme. Allí fue cuando María Cristina me quiso gobernar y yo empecé a seguirle y seguirle la corriente.

Por lo pronto, ya no se despegó de mí y continuamos la tarde paseando nuestras miradas (inquietante, la de ella; inquieta, la mía) por las cuatro salas de aroma francés. A los comentarios con dobleces y ambiguos de ella, llámame Cris, por favor, que me haces parecer vieja, yo procuraba responder a su sentido más estricto e, incluso después de nuestra historia, la llamé siempre María Cris-

tina. En una ocasión, ante un cuadro de Bonnard en el que se veía una mujer madura, de espaldas y desnuda, al través de un espejo colocado sobre un aparador, la San Ginés aprovechó un despiste y me miró a los ojos. Yo estaba preguntándome en ese instante si la desnudez de la viuda venezolana sería parecida a la de la modelo del cuadro y, al volver el rostro hacia ella, me di de narices con unos ojos negros que me miraban burlescamente y que parecían descifrar mis pensamientos: «Nunca podrá compararse, mi cielo, al culo de una negra».

Unos versos de Morales presidían un pequeño café en el puertito donde, decorado como una antigua fragata, con sus motivos marineros y sus ojos de buey, servían unas tartas alemanas de auténtico vicio. El café, también al estilo alemán, era aguachirle pero la brisa del mar y el olor a sal que se masticaban en el aire hacían olvidar el brebaje. Cómo y cuándo llegamos allí, me llaman a jurar y no sabría decirlo. Pero, una vez sentado a la mesa frente al escote embriagador de María Cristina San Ginés, a la luz de una vela suavemente olorosa, no iba yo a preocuparme por esos detalles.

—¿Por qué obra de arte llegarías a matar? —su entonación era áspera, de la fina aspereza que esconde la piel de un melocotón.

—¿Por qué qué...? —me había vuelto a coger desprevenido.

—Sí, hombre, ¿qué es lo que hizo que un chico como tú se decidiera a estudiar arte? —el melocotón se volvió frío, como si acabaran de cortarlo con un cuchillo para la fruta.

—Matar, lo que se dice matar, no. Pero me vendería a plazos por más de un cuadro —hablaba, sin duda, mi primera copa de coñac y no yo.

—¿Y nunca te ha dado por pintar? A tu edad uno quiere estar a ese lado del mundo.

—Yo es que soy un mirón.

—Ya veo, ya.

—En serio, María Cristina. A mí me gusta observar. No aspiro a ser Toulouse-Lautrec.

—¿Ah no?

—No. No me seducen ni los burdeles ni la absenta. Además, prefiero evitarme el desengaño de descubrir, después de toda una vida emborronando paños, que no sirvo para esto.

—Pero ¿y si al final de todo resulta que sí sirves?

—No creas. Ya he pintado bastante. Lo bastante como para saber que no puedo expresar ni de lejos todo lo que quisiera.

El romanticismo pesimista y anacrónico de mi juventud debió de conmover aún más a la bella cuarterona, que terminó pidiendo otra copa para ayudar a

nuestras almas a llegar a la medianoche. La luna restañaba las heridas leves que había dejado la lluvia y, agazapados en la noche, nos cruzamos recuerdos por un rato. Ella habría querido ser actriz de teatro. De chica se pasaba horas encerrada en el cuarto de baño, la única habitación de su casa con espejo. Jugaba a imaginar (como nunca había ido al teatro, no podía imitarlos) los movimientos y los gestos de sus heroínas dramáticas. Vivía a dos manzanas de la Universidad de Caracas, en un barrio humilde al que ocultaban, como quien se avergüenza de un pariente pobre, los anchos edificios de piedra que rodeaban el Rectorado, así que no le era difícil sacar de la biblioteca de Letras libros de teatro clásico para, por arte de magia, convertirse en la mejor Julieta: *¡Ah corazón de serpiente, escondido en rostro florido! ¡Ha habido jamás un dragón que tuviera tan bella caverna? ¡Hermoso tirano!*, sus ojos expresivos eran, por sí solos, un poema.

¿Que si sólo le gustaba el teatro inglés?

Es que detestaba el papel deleznable que dan a la mujer los autores latinos. Ese concepto del honor tan machista de Lope, Calderón o Molière me sacan de mis casillas. Odio a las mojigatas que hacen corrillo alrededor de los don Juanes. Incluso en una ocasión, te lo juro, me empecé en travestirme de Tartufo para gozar por unas horas del placer de sentirme engañadora y no engañada y fue tanto lo que disfruté que, ¿cómo te diría?, tiré el peso al aire y salió mujer fatal. Cuatro años después me casé con un hombre que me doblaba la edad y del que no estaba enamorada —aunque de veras lo llegué a querer— pero que tenía dinero, mucho dinero, y que me iba a sacar del barriucho aquel a la sombra de la Facultad de Letras de Caracas.

—¿Y qué pasó luego? —pregunté con cierto temor ante la posibilidad cada vez más real de pasar la noche con una devora hombres convicta y confesa.

—Nuestro matrimonio duró, a pesar de todos, siete años. Y, ¿sabes qué? Fue la etapa más feliz de mi vida. Él me enseñó a apreciar las cosas, a valorar los momentos como si fueran a robártelos un segundo después. La Ópera, los museos, los viajes a Europa, las joyas que me regalaba cada aniversario de boda no eran nada, te lo juro, al lado de los instantes de intimidad, cuando nos quitábamos las caretas y los prejuicios y nos quedábamos caladitos, en pelota viva, bajo las sábanas. Aprendí con él las cosas más estúpidas e inservibles de este mundo, pero también las más encantadoras.

—Mi padre solía decir algo parecido —repliqué, bastante más relajado después de conocer el penúltimo acto de la historia de la San Ginés. —Decía que para que una cosa te haga de verdad feliz tienen que darse tres condiciones: que no se pueda comprar, que no se pueda vender y, sobre todo, que no se pueda explicar.

II.

Yo era un muchacho tranquilo hasta que di con mi sueño más dorado, que era una mujer algo mayor que yo. La ínclita cuarterona cuarentona que había conocido en el Ateneo entre Cézannes y Monets se me metió por dentro de la adolescencia, ese estado del mundo que, según mi padre, va entre la paja y la caja. Una semana después de nuestro encuentro me llegaron a casa dos docenas de rosas rojas. No quiero recordar el trabajo que me costó que se les borrara a mis compañeros de piso la sonrisa idiota a vueltas con el ramito del carajo. Para remate de la puñeta venía una tarjeta acompañando al ramo que olía más a rosas que las rosas mismas y decía que quiero verte, cholito, una vez más antes de que me muera.

Una vez más duró casi seis semanas.

Treinta y nueve días con sus treinta y nueve noches en medio, delante y detrás del amor, de una guerra de amor cuartelero y cuartelario en el que se amaba religiosa y atea y agnósticamente cada cuarto de día y cada cuarto de noche y en los que perdí tres exámenes parciales que apenas me costó recuperar y cinco kilos totales que aún no he recuperado. Me dejé dos camisas que nunca terminaban de plancharse, un pijama que me regaló la primera semana y que, al final, nunca usé y un libro de poemas de Verlaine, *Romances sans paroles*, que, para entretener los antojos de María Cristina San Ginés, le leía por las tardes. Vine a ganar, sin embargo, la historia más intensa que recordarse pueda, que parecía la historia de nunca acabar y la historia lo mismo de acabar conmigo por siempre amén. Para cuando regresé a casa por Semana Santa, los compañeros estaban a un palmo de realquilar mi cuarto, las dos docenas de rosas rojas se mantenían inmaculadas en el florero de cristal y las flores de cristal de mi alma habían florecido de puro entusiasmo.

La casa donde vivía María Cristina San Ginés era un pequeño palacete en el camino de Las Peras con torreones de piedra rojiza. No he vuelto a ver en mi vida un jardín tan precioso y tan bien cuidado, aunque le faltaran por lo menos veinticuatro rosas rojas. La entrada estaba flanqueada por dos verdes cipreses, enhiestos surtidores de sombra y sueño. Sólo que, en aquel momento, era yo y no el cielo el acongojado. Llegué a tocarlo —me refiero al cielo— con los dedos, al mismo tiempo que sentía que millones de algas tenebrosas me arrastraban a las profundidades del infierno. Pero, por encima de todo, viví las casi seis semanas en una suerte de purgatorio en el que iba a pagar por no sé que pecados cometidos en la vigilia de mi niñez. El caso es que, desde el principio, estaba claro que iba a saltar de la gloria al olvido en muy poco tiempo.

Me recibió mi dama esa primera tarde sobre las seis y media porque al té de las cinco jamás hay que llegar puntual que eso, mi cielo, se lo vamos a dejar a los británicos tan sosos y formales. Empezaba a morirle marzo por las cuatro esquinas de los calendarios y ya no eran tan frescas las tardes laguneras. La San Ginés vestía de julio o a mí me pareció que vestía de julio acaso por el sofoco: cubierta por una ligera bata creo que de satén y abrochada a un costado, debajo —de eso no me cupo duda— sólo llevaba el perfume de frambuesas que me había desconcertado la vez primera. Sus pechos me apuntaban directo al corazón en una etapa de la vida en la que uno tiene el corazón repartido por todo el cuerpo. Firmes, erguidos, dominantes, María Cristina San Ginés me miraba no con los ojos —ahora lo sé— sino con aquellos pechos mal disimulados bajo la bata malva a juego con sus ojos que entonces ya eran malvas de puro demoníaco pero, como ya dije, no me miraban. Al sentarse y ofrecerme una taza de ROYAL BLEND TEA, lo recuerdo porque, como no sabía adónde mirar, no aparté nunca la vista de aquella lata verde en la que se mezclaban «armónicamente los mejores tés de la India y de Ceylán», dobló una pierna sobre la otra y la bata dejó entrever un inmenso muslo, interminable y caoba, que se perdía en tremendas y turbadoras curvas. Tuvo que notar mi turbación porque probó a arreglar el roto inarreglable que le había hecho ya a mi ánimo y se cubrió aquel muslo y yo volví a mi té verde, indio y ceylanés.

—¿Vas a hacer alguna tesis sobre la industria tetera británica?

—¿...?

—Puedo dejarte la lata por si quieres copiar la fórmula de mezcla... ¿Azúcar o miel?

—Miel, por favor.

—¿Pastas?

—No, gracias.

—Bueno, cielito, supongo que te habrán extrañado las flores y la tarjeta. No acostumbro a hacer esas cosas en contra de lo que puedas pensar, pero no conozco a mucha gente interesante aquí y tuve la sensación de que a nosotros, la última vez, nos quedó una conversación pendiente.

Sonreía con franqueza.

O era una mentirosa profesional o su vocación era tal que hasta sus manos habían aprendido a mentir con encanto. Lo que quiero decir es que me estaba encantando en toda la extensa acepción del término. ¿De verdad una mujer así podía estar tan sola como para necesitar la amistad de un adolescente tímido y casi pacato? La historia que contaba no tenía sentido pero, creo que ya lo he dicho, tenía encanto. Tuve que dejar muy pronto el té amargo —no fui capaz

de revolver el fondo de la taza y la miel se quedó allí olvidada—, sobre la mesilla de aquel salón malva (ahora que lo pienso, lo del malva era enfermizo en la historia con la San Ginés: sus ojos, la bata, el salón, mi rubor) porque empezaban a castañetear y delataban mi estado. Mi estado era, por supuesto, cataléptico, de un cataléptico insano y lamentable.

«¿Por qué estás tan nervioso? Habrás estado ya con alguna chica, ¿no?» María Cristina San Ginés supo enseguida que no, que no había estado aún con ninguna chica y yo supe enseguida que sí, que ella lo había sabido por el brillo de estrella que se le dibujó en la sonrisa y la humedad repentina que le brotó en la comisura de los labios cada vez más rojos y más cuarterones.

El desconcierto dejó paso al pavor y éste al caos más absoluto. La hermosa mujer se daba perfecta cuenta de la situación ventajosa que tenía en esa partida extraña de ajedrez que es el amor. Ella había movido primero. Y ya tenía dos letales alfiles negros bajo una bata malva amenazando, arrinconando, acorralando a mi rey. A todas estas, mis peones danzaban al son de su música y se entorpecían unos a otros en la llanura del tablero. La situación era patética. Desesperada. El plato con su taza y su té indioceylanés se hizo añicos con solo la intención de acercarme a ellos. Mis manos dejaban una huella húmeda de sudor en todo a lo que intentaba aferrarme para disipar mis temores. El cuello de la camisa me llagaba la nuez. Sin embargo, ella parecía disfrutar con mi ansiedad. Su mano suave, de dedos largos y afilados, golpeaba rítmicamente el sillón, en un claro ademán de siéntate a mi lado.

Recuerdo el tap—tap—tap de esa mano enorme sobre el cojín de raso como en una película del viejo cine Avellaneda. El director había ralentizado la escena y había hecho enmudecer la cinta a fin de sobredimensionar la tensión: una manota de uñas largas y bien arregladas despabilando lenta y agónicamente un sillón malva; un galletón aterrado y sudoroso, con nuez llagada y móvil; los labios carnosos de María Cristina San Ginés. Si me apuran juraría que, al entreabrirse, esos labios carmesíes descubrían afilados colmillos. Y tal vez el gesto no fuera ése. Tal vez su intención fuera sólo la de que yo me acercara para oírme mejor. Tal vez el calor incipiente de la primavera, y no el incipiente calor de *mi* primavera, fuera lo que me hacía sudar a mares. Tal vez la mancha rojiza en los blanquísimos dientes de aquella mujer significara únicamente que se había pasado con el carmín de labios. Tal vez. Pero eso había que explicárselo a un ingenuo pibe que no conocía —ni en el sentido bíblico ni en el otro— a mujer alguna y que veía cómo su rey estaba siendo masacrado en la primera partida de ajedrez a la que se enfrentaba.

A partir de ahí, sólo recuerdo abrazos desnudos e interminables, carne de ébano brillante, caderas inmensas y un vientre liso. Y graves espasmos. Y caricias húmedas. Y besos ásperos que llegaban a dañarme las encías y me dejaban un regusto dulce en la lengua. Y, sobre todo, risas, muchas risas porque la impresionante madonna caraqueña no dejó de reírse las casi seis semanas, los treinta y nueve días y, más que nada, las treinta y nueve noches. Nunca he visto a nadie reír tanto y tan a gusto: se reía de mi torpeza, de mis preguntas a destiempo, me mandaba a callar fingiendo enfado porque no me dejabas concentrarme, mi cielo, no estás en lo que estás y así jamás y nunca podrás venirte a gusto, se reía también de mis pelos enmarañados, de mis tirones musculares. Y ahora sé, muchos años después de aquel encuentro que marcó mi vida, después de que aquella extraña mujer decidiera desaparecer de mi vida tal y como había entrado, con veinticuatro rosas rojas, esta vez sin mensaje, ahora sé, digo, que María Cristina San Ginés no me enseñó el amor, pero me enseñó algo que me ha servido de gran ayuda para combatir sus estragos: la risa. Y la risa, hoy lo sé, es otra forma de amor.

EPÍLOGO.

Ayer fui a visitar, tras mucho tiempo, una exposición de pintura.

La Regenta me hizo llegar una invitación a la Facultad. Había rechazado muchas veces invitaciones como aquella pero, no sé bien por qué, esta vez decidí que era un buen momento para llevarme a mis alumnos de tercero a descubrir América otra vez. Ellos, con tal de librarse de una de mis clases de Estética, son capaces de aparentar felicidad e, incluso, vivo interés en una visita de esa índole, así que allí nos fuimos en amor y compañía.

Una llovizna gris, como de tango,

nos acompañó toda la tarde. El otoño empezaba a despuntar en el aire y todo junto —otoño, tarde y llovizna— fue haciéndose un nido en mi ánimo. Volví a revivir una escena de quince años atrás que, bien mirado, son tres cuartos de nada. De este modo sentía cuando entré en *La Regenta*, el piso de mármol color marfil, luz natural por entre las vidrieras, olor a limpio. No logré fijar mi atención al principio en los detalles, tan pendiente que estaba de organizar a los chicos, de responder a sus preguntas, de recomendarles alguna sala en especial. Se me fue la primera hora en un suspiro. Por eso no lo vi hasta casi el momento de marcharme, cuando ya pude gozar en soledad de la visita. La sensación del espectador, del mirón de arte, es algo parecida a la del lector de sillón de oreja: es una sensación íntima, egoísta, incompartible, muy lejos de la del público de cine o de teatro. Así que, una vez mi alumnos se fueron

despidiendo, pretextando como siempre las más peregrinas excusas, la guagua que no espera, la visita médica de última hora, el óptico, me quedó para mí solo la galería de arte.

Fue entonces cuando el cuadro me llamó la atención. En la sala de pintura cubana, destacaba lo que llamamos en el oficio una composición de taller. El óleo representaba lo que parecía un descanso de la modelo en pleno proceso de creación artística. En primer término, algo ladeado a la izquierda, como vértice de un triángulo invertido, se veía una mesa de lectura sobre la que yacían desperdigados algunos libros y un jarrón de enormes rosas tensionaba la disposición del cuadro. A la derecha, centrado, una mujer desnuda se desmayaba de cansancio, harta acaso de posar para el artista, y dejaba caer indolentemente el libro que leía. En la esquina superior izquierda, como observando la escena, un espejo ofrecía el desnudo de la dama desde otra óptica. Esa estructura especular siempre da una sensación entre melancólica y reflexiva. Hace que uno se pregunte cuál de las dos realidades pretende plasmar el pintor, el derecho o el revés de la hermosa mujer. Hay, por ello, un doble engaño, una doble ficción: la del arte, que es representación de la realidad y no realidad en sí, y la de la imagen del espejo.

Había algo familiar en aquella obra que, al principio, achaqué a Velázquez. La composición, en el fondo, no era diferente a la de *Las hilanderas* o a la misma *Venus del espejo*. Creo recordar que Manet pintó también algo parecido, *Lectora en reposo* me parece. Sin embargo, no era sólo eso. Acostumbrado como estaba a desentrañar los detalles más insignificantes del arte, como un cirujano con un bisturí, a veces me olvidaba de lo más evidente, de lo que cualquier espectador podría descubrir a primera vista. Además, estaba cansado, ya era tarde, había sido un día muy duro. Ya me marchaba, pasaban unos minutos de las siete y el celador tosía y miraba insistentemente su reloj. Cuando estaba por abrir la puerta de salida, algo me hizo detener, claro, tolete, y volver sobre mis pasos. Mentí en la recepción, me he dejado el paraguas en la sala del fondo, y llegué a la pintura con el tiempo justo de verlo todo claro, de ver, antes de que algún imbécil acelerado apagara las luces de la galería, el *Retrato de M.C. con espejo*, dos pechos de pura trementina apuntando al corazón, veinticuatro rosas rojas y una mano larguísima dejando languidecer un poemario, *Romances sans paroles*, que alguien me devolvió, esta vez para siempre, con quince años de retraso.